

DOS RELACIONES SOBRE EL ATAQUE DE NELSON A SANTA CRUZ DE TENERIFE

POR

AGUSTIN GUIMERA RAVINA

*A la memoria de D.^a Ana Cólogan Zulueta,
viuda de Zárate, que no pudo ver publicada
esta obra de su bisabuelo.*

SUMARIO

- I. INTRODUCCIÓN: 1. Los autores.—2. La relación de Zárate: 2.1. La forma; 2.2. El contenido.—3. La relación de Cólogan: 3.1. La forma; 3.2. El contenido.—II. RELACIÓN DE JOSÉ DE ZÁRATE Y PENICHER: 1. Rasgos biográficos.—2. Texto.—III. RELACIÓN DE BERNARDO CÓLOGAN FALLON: 1. Rasgos biográficos. 2. Texto.

I. INTRODUCCIÓN

Mucho se ha escrito sobre el ataque de Horacio Nelson a Santa Cruz de Tenerife, y, sin embargo, el tema no parece agotarse, pues no dejan de aparecer nuevos documentos que amplían detalles del mismo, o profundizan en aspectos poco conocidos. Alfredo Reyes Darias, en su introducción a la edición facsímil de la *Relación circunstanciada* de Monteverde, cuando cita las principales fuentes isleñas sobre el combate, escribe¹:

¹ REYES DARIAS, A.: Introducción a la edición facsímil de José de Monteverde y Molina *Relación circunstanciada de la defensa que hizo la plaza de Santa Cruz de Tenerife, invadida por una escuadra inglesa al mando del Contra-Almirante Horacio Nelson en la madrugada del 25 de julio de 1797* [1798], Aula de Cultura de Tenerife, 1973.

Las fuentes locales de más interés, junto con la de Monteverde, son:

Fueron muchas las relaciones que se hicieron, pues tal acontecimiento lo merecía; además de los mencionados es de anotar el manuscrito del Alcalde de Santa Cruz don Domingo Vicente Marrero; algunas más pueden haber llegado a nuestros días, *pero al encontrarse en archivos y bibliotecas particulares hacen que no se hayan podido estudiar*. [El subrayado es mío.]

Y éste es el caso de las dos relaciones que hoy se publican: una original de don José de Zárate y Penichet (1762-1840) y otra de don Bernardo Cologan Fallon (1772-1814). Han sido halladas en el archivo de la familia Zárate Cologan, que se conserva en su casa de la villa de La Orotava. Los dos autores son tatarabuelos —por líneas paterna y materna, respectivamente— de los propietarios de este archivo.

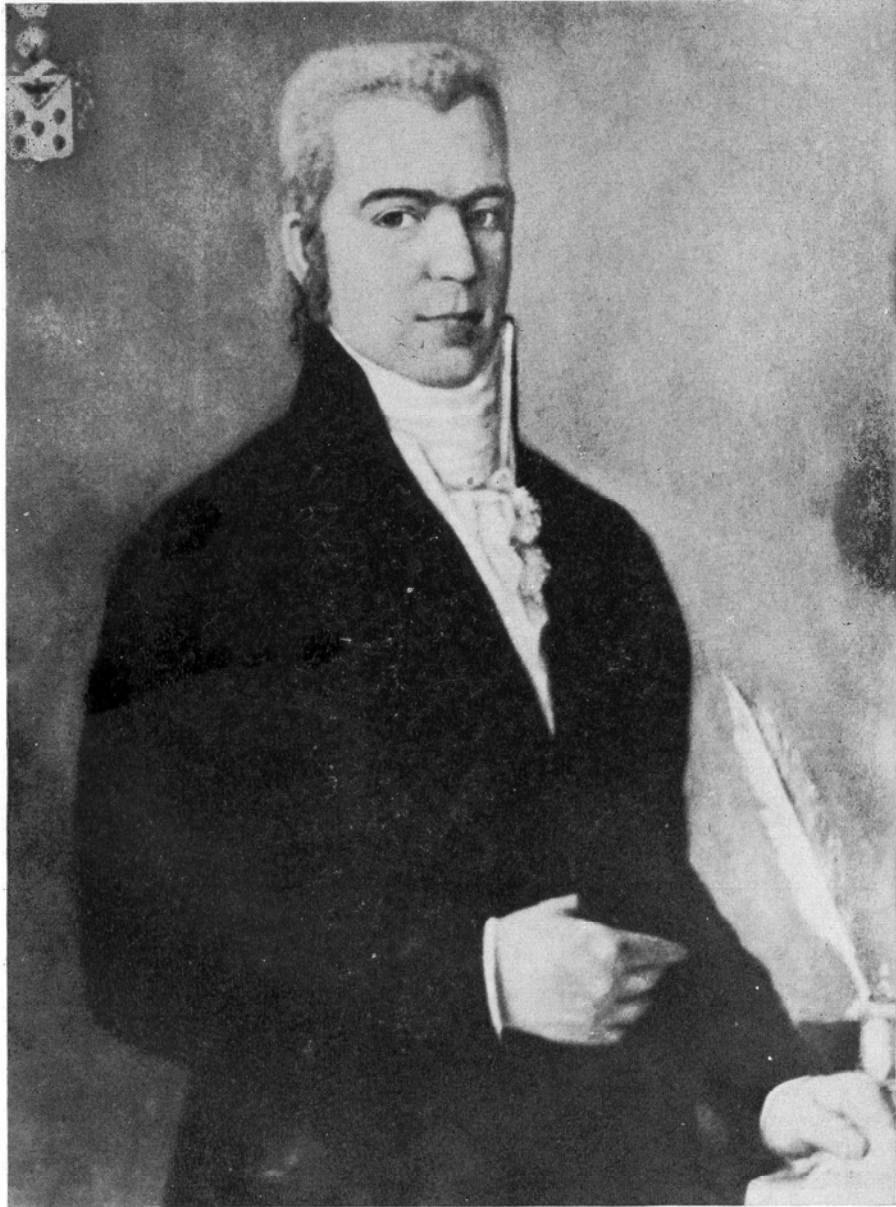
1. *Los autores.*

Sus extractadas biografías —debidamente a la pluma de Marcos Guimerá Peraza— se presentan más adelante. Sólo me interesa destacar aquí su participación en la defensa de Santa Cruz durante el ataque de la escuadra inglesa².

la versión de FRANCISCO DE TOLOSA: *Relación de la gloriosa defensa y singular victoria que han conseguido las armas de S. M. Católica contra una escuadra británica que el 25 de julio de 1797 atacó la plaza de Santa Cruz de Tenerife*, Santa Cruz, 1900 (número extraordinario de la revista «Gente Nueva»); y de menor importancia, las de Dionisio de las Cagigas (publicada por BARREDA, F.: *El ataque de Nelson a Tenerife relatado por un marino montañés*, Santander, 1936), y JOSÉ MARÍA DE ZUAZNAVAR: *Invasión de la isla de Tenerife por los ingleses en 1797* (publicada por RAFAEL TORRES CAMPOS: *Carácter de la conquista y colonización de las Islas Canarias*, discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, Madrid, 1901, Apéndice II, pp. 212-213).

Para una mayor información de las fuentes y los estudios sobre el combate véase CIORANESCU, A.: *Historia de Santa Cruz de Tenerife* (Santa Cruz de Tenerife, 1977-1979), t. II, pp. 500-501, nota 186.

² Pueden hallarse noticias sobre la vida de José de Zárate y Penichet en el estudio que sobre la Casa de Zárate realiza JOSÉ PERAZA DE AYALA en el *Nobiliario de Canarias* (La Laguna, t. IV, en prensa, pp. 198 y si-



Don José de Zárate y Penichet (1762-1840). Oleo. (Biblioteca del Colegio de Abogados de Santa Cruz de Tenerife. Foto Benítez.)



Don Bernardo Cologan Fallon (1772-1814). Oleo de Luis de la Cruz y Ríos, año 1805. (Casa de don Alfonso Cologan Osborne, *La Paz*, Puerto de la Cruz. Foto Benitez.)

El abogado don José de Zárate actuó de Síndico Personero interino en esas jornadas, por hallarse movilizado el titular don José Víctor Domínguez. Tuvo numerosas y lucidas intervenciones en el combate, principalmente en el suministro de pan y vino a todos los puestos de la línea de fuego, durante los cinco días que duró la acción, siendo además herido de resultas de ella. Estuvo, pues, cerca de los acontecimientos. Por ésta y por otras razones, el Ayuntamiento de Santa Cruz y el General Antonio Gutiérrez le confiarían la redacción de la Representación dirigida al Rey para la concesión del privilegio de villazgo. En ella, Zárate informaría —con conocimiento de causa— sobre la actuación de los vecinos durante la contienda.

Don Bernardo Cólogán, comerciante y hombre de gran cultura, se encontraba en Santa Cruz atendiendo los negocios de su casa de comercio cuando se produce el ataque de los ingleses. Tomó parte en la acción, desde el vivac y Cuerpo de Guardia del Castillo de San Cristóbal, recorriendo sable en mano los sitios más comprometidos, animando la tropa a la defensa; y, luego, atendiendo a los heridos en el citado Cuerpo de Guardia —entre ellos al Teniente Robinson— y recogiendo a los caídos en la lucha del muelle. De su destacada actuación se han hecho eco varios de los autores que se han ocupado del tema (Monteverde, Viera y Clavijo, Graciliano Afonso, Alvarez Rixo, Arozena).

Se trata, pues, de dos civiles, desconocedores del arte militar, pero testigos de excepción de este episodio bélico.

2. *La relación de Zárate.*

2.1. **La forma.**

Su publicación se debe no tanto al interés histórico que pueda tener su contenido, como a la personalidad de su redactor,

guientes). Sobre Bernardo Cólogán Fallon puede consultarse la biografía realizada por MARCOS GUIMERÁ PERAZA: *Bernardo Cólogán Fallon, 1772-1814*, «Anuario de Estudios Atlánticos» (Madrid-Las Palmas), núm. 25 (1979), pp. 307-355; las páginas dedicadas a su participación en el combate son 318-32.

destacado participe en la defensa de la plaza y figura sobresaliente en la sociedad de su tiempo.

La relación está inserta en un cuadernillo de nueve hojas, tamaño holandesa, en donde se lee: *Noticias de lo acaecido en el año 1797. Ysla de Tenerife, una de las Canarias, en guerra con los Yngleses*. Aparece junto con otros textos de la época, entre ellos una alocución de Cólogan a los canarios, de la que se hablará en seguida. La obra de Zárate lleva por título *Ocurrido en el Puerto y Plaza de Santa Cruz*, y su extensión es de dos hojas y media.

La identidad de su autor es conocida a través del propio texto. En la página 17 se lee: «... y yo que hacía de Síndico Personero...»; y en la página 19 se dice: «Yo, como Personero, propuse...» La prueba definitiva se encuentra en la página 19, al final de la relación, en donde se inserta el acta de la Junta general del pueblo de Santa Cruz, celebrada en la iglesia del Pilar, el día 29 de julio de 1797, para aclamar al Apóstol Santiago por copatrono de la plaza. En ella, el autor de la relación toma la palabra para dirigirse a los vecinos y a las autoridades allí congregadas:

Señores: Yo que tuve el honor de desempeñar las funciones de caballero síndico personero en los tres días de amargura precedentes al de nuestra victoria...

Por el acta de esta Junta general, publicada por Cioranescu, y por otras noticias, sabemos que aquel síndico personero accidental era el propio Zárate³.

La relación debió de haberse escrito inmediatamente después del combate y antes del 27 de noviembre de 1797, fecha del decreto real que concedía al lugar de Santa Cruz el título de villa. En la página 20 se puede leer:

³ CIORANESCU, *Historia de Santa Cruz de Tenerife* [1], t. IV, Apéndices, pp. 364-365.

Ahora se trata, a propuesta de S. E. [el General Gutiérrez], de impetrar la gracia de que este pueblo se titule Villa de Santa Cruz de Santiago⁴.

Se trata, en realidad, de un informe, redactado en un tono breve y oficial. Aunque Zárate no emite juicios personales sobre el combate, en el texto se trasluce la admiración, si no la subordinación, que tiene para con el General Gutiérrez. Por otra parte, aprovecha la oportunidad para destacar su propia participación en la lucha. En primer lugar, habla sobre la sugerencia que hizo a Gutiérrez de llevar al interior de la isla una porción de barriles de harina, en prevención de una retirada de Santa Cruz (pág. 17); medida muy oportuna —a juicio de Monteverde— que permitió avituallar a las tropas desplegadas por La Laguna y costa noroeste de Tenerife, durante aquellos días⁵. Asimismo nos cuenta cómo, siendo encargado de los víveres de la plaza, hizo entrega a las tropas inglesas de raciones de pan, vino y fruta fresca, una vez terminada la acción (pág. 18).

2.2. El contenido.

Primeramente conviene destacar que Zárate incurre en algunos errores en el orden de exposición de los hechos. Por un lado, sitúa el reembarco de las tropas de Troubridge por el Bufadero a las cinco de la tarde del día 22 de julio, cuando es bien sabido que se llevó a cabo durante la noche de ese mismo día, al amparo de la oscuridad (pág. 17). Por otro, sostiene que el hundimiento del cúter «Fox» ocurrió en la mañana del 25 de julio, mientras los hombres de Troubridge y de Hood se hallaban encerrados en el convento de Santo Domingo, cuando en realidad se fue a pique a primeras horas de la madrugada, al comienzo del asalto (pág. 18).

La figura del General Gutiérrez queda en muy buen plano en su relación. Cuando habla de los preparativos de la defensa, antes del 22 de julio (pág. 16):

⁴ *Idem*, t. I, pp. 10-12, y t. IV, Apéndices, pp. 366-370.

⁵ Monteverde [1], p. 54.

... y el Señor Excmo. cuando no amanecía, que era rara vez, en el vivac o muelle, se retiraba después de la medianoche a descansar.

Y cuando relata la lucha en el muelle, durante la madrugada del 25 de julio, encomia el valor del General (pág. 18):

... [los ingleses] lograron al fin saltar por todas partes y al hacerlo por la playa de muelle fue forzoso separar de allí a S. E. y llevarlo al Castillo principal, porque despreciando el riesgo quería ponerse al frente, y a la verdad que hubiera perecido si no le obligan a salir de allí y a la hora aviada.

En estas dos opiniones, junto a la prudente adopción de constantes medidas de defensa, Zárata coincide con otros autores contemporáneos que han tratado la figura de Gutiérrez.

Al mismo tiempo, la relación nos brinda detalles de interés, como el del valor demostrado por algunos isleños en las luchas de guerrillas por las calles de Santa Cruz, durante aquellas horas difíciles de la madrugada (pág. 18):

... y vi soldado hacer frente en la calle de las Tiendas a siete ingleses, derribar a uno y herir los demás. Se hicieron muchos prisioneros y muchos se rendían de grado.

Por último, incluye en su relato una información totalmente nueva. Es sabido que durante el almuerzo ofrecido por Gutiérrez a los oficiales ingleses, el día 26 de julio, éstos le hicieron entrega de la famosa carta de agradecimiento de Nelson, con la que le obsequiaba un queso y un barril de cerveza. Zárata alude al texto de la carta y a continuación pone en boca de Nelson (pág. 19):

... y que la prenda de más estimación que traía consigo se deshacía de ella para ponerla...

Y comenta Zárata:

Este fue un gran antejo nocturno.

Esto quizá se pueda interpretar como otro error de nuestro personaje, pues es extraño que no haya quedado constancia documental de un regalo de tal índole. Pero Zárata aporta otros detalles que parecen dar verosimilitud a aquella afirmación, porque a continuación escribe:

[Nelson] Suplicó se le mandase una poca de fruta fresca. S. E. inmediatamente me hizo llamar para saber si había alguna en los almacenes de provisión, que estaban a mi cargo, y en efecto, a las dos de la tarde se le remitieron como cuatro serones, que era todo lo que había.

Durante aquella comida los oficiales ingleses transmitieron al General, verbalmente, el ruego de que permitiese el traslado de los heridos a los navíos para aquella tarde. También Nelson se ofreció por medio de sus oficiales a conducir a Cádiz los partes de Gutiérrez, notificando a la Corte la victoria obtenida. El General, por su parte, mandó «que a nuestras tripulaciones se les proveyese de los mejores víveres que se encontrasen, e hizo saber que los buques podían enviar a tierra a comprar todo lo que necesitasen, interín permaneciesen frente a la Isla»⁶. Todos estos ofrecimientos, peticiones y órdenes verbales, conocidas por otras vías, dan un sello de verosimilitud a la petición personal de fruta fresca por parte de Nelson y permiten pensar que el anteojo nocturno no es una fantasía de Zárata, sino un regalo que el contralmirante hizo a Gutiérrez, con posterioridad a la carta de agradecimiento que éste le escribió.

3. *La relación de Cólogan.*

Bernardo Cólogan nos dejó tres testimonios de la acción. Primero, un resumen de su intervención en el combate, en carta dirigida a su padre, don Tomás Cólogan Valois, el mismo día 25

⁶ «Diario de la campaña de Nelson», cuya traducción ha sido publicada por RUMÉU DE ARMAS, A.: *Piraterías y ataques navales contra las Islas Canarias* (Madrid, 1950), t. III, 2.^a parte, Apéndices, p. 1128.

de julio, ya publicada⁷. Segundo, una alocución *A los Defensores de la Patria = Las Yslas agradecidas*, inédita, que está incluida en el cuadernillo anteriormente citado y que por el tono épico con que está escrita parece haber sido compuesta a raíz del suceso, en el mismo año de 1797⁸. Finalmente, pocos años más tarde, la *Relación de la defensa...* que hoy ve la luz⁹.

3.1. La forma.

De esta relación existen dos copias manuscritas, incluidas en dos libros de contabilidad, concretamente los números 45 y 120 del archivo, junto con otros documentos. La que ofrece mayor interés es la segunda copia, pues en ella el amanuense indica el autor, al final del texto (pág. 30):

⁷ Publicada en el *Diario de Tenerife*, el 24 de julio de 1894. Allí se hace constar que el documento pertenece a don Domingo Martínez Navarro y que es inédito; como lo es también el parte —que también se publica— que José Murphy y Meade, íntimo amigo de Bernardo Cólogan, dirige al mismo don Tomás. Por otro lado, en el archivo de la familia Zárate-Cólogan se guarda una carta, inédita, fechada en 29 de julio de 1797, en la que el general Antonio Gutiérrez contesta a la felicitación que don Tomás le hace por la victoria alcanzada.

⁸ Se titula *A los Defensores de la Patria = las Yslas Agradecidas*, por don Bernardo Cólogan Fállon, y comienza así:

¡Canarios! Justo es que se tributen alabanzas a vuestro denuedo, y cantemos Himnos en honor de vuestra Victoria...

Su extensión es de una hoja, y en ella también elogia a Gutiérrez:

Y tú, O buen Gutiérrez, que así como supiste inflamar el brío de nuestros Guerreros, les diste el exemplo de la noble generosidad que tanto han alabado nuestros Enemigos ... te prometemos que mientras sucistan los Anales de las Yslas, vivirá Gutiérrez estanzado en caracteres indelebles.

Creo que se trata de la alocución a los canarios, inédita y sin firma, que Luis Maffiotte La Roche cita en su artículo «El 25 de julio: Nuevos documentos», publicado en el *Diario de Tenerife*, 24 de julio de 1902, con el número 1 de su lista.

⁹ Su título completo es *Relación de la defensa que hizo la Plaza de Santa Cruz de Tenerife atacada por una Escuadra inglesa al mando del Contra-Almirante Horacio Nelson desde el 22 de julio de 1797 hasta la mañana del 25*.

Escribióla Dn. Bernardo Cologan Fallon, que se halló presente.

La fecha de su redacción podemos situarla a principios del siglo XIX, pues su contenido difiere bastante de aquella alocución, escrita inmediatamente después de la victoria. En la relación su estilo es a la vez preciso y ameno; y su tono refleja la visión más serena y objetiva que Cologan ha ido adquiriendo sobre aquel suceso con el transcurrir de los años. Por otra parte, se limita a contar lo sucedido, no destacando sus propias acciones —en oposición a lo que había hecho Zárate—, y evita cuanto puede el descender al terreno de lo personal, ni aun tratándose de defensores destacados, con muy pocas excepciones. El mismo así nos lo asegura (pág. 25):

A pesar de haber hecho propósito de no nombrar persona alguna en mi relación...

Sus propias opiniones son remitidas a las diez notas que acompañan al texto, en donde mantiene una postura prudente a la hora de enjuiciar hechos y personajes. Y ello se debe a su condición de civil, como él mismo reconoce (pág. 30):

A estas reflexiones, que creo imparciales..., bien que hablo sin conocimiento del arte [militar] y sólo expongo lo que presencié, y lo que creo poder juzgar con mis propias luces.

Por último, sus conocimientos del idioma —no olvidemos su ascendencia irlandesa y sus estudios en Londres— le permitió tomar contacto directo con varios oficiales ingleses al término del combate, con lo que su visión de los hechos probablemente se completaría. De este modo, nos dice en la nota 3 (pág. 23) que un oficial inglés le describió las dificultades por las que pasaron las tropas británicas durante su estancia en la montaña de La Jurada, el día 22 de julio; y nos cuenta cómo en la mañana del 25 los ingleses confundieron la bandera encarnada, izada en el castillo de San Cristóbal, con la de su nación, y, confiados, enviaron de nuevo varias lanchas a tierra, error que se

trajo en nuevas pérdidas entre sus hombres (pág. 27). Además fue Cologan quien encontró entre las ropas del teniente Robinson las órdenes dadas a las fuerzas de invasión, explicándose así el silencio que éstas guardaron en ciertos momentos de la madrugada del 25 de julio¹⁰.

3.2. El contenido.

Tres aspectos cabe destacar en su narración: su juicio sobre la actuación del General Gutiérrez, sus noticias sobre la lucha de guerrillas en las calles de la población y la reivindicación del decisivo papel de la tropa en los combates en tierra.

En primer lugar, su juicio sobre Gutiérrez es bastante ecuánime. Por un lado, no oculta su admiración por el comportamiento del General en algunos momentos de la pelea, coincidiendo con las opiniones de Monteverde y de Zárate (pág. 26):

El General desde el primer fuego había acudido a la punta del muelle; mas luego que se vieron acercar las lanchas, juzgaron sus ayudantes que era el puesto muy arriesgado para su persona y le habían conducido al castillo principal donde le conceptuaban más en su centro *atendiendo a su avanzada edad que no le permitía ejecutar todo lo que su espíritu le dictaba* [El subrayado es mío].

Por otro, sin dejar de reconocer que la situación era muy crítica, censura la falta de energía y decisión de Gutiérrez, en las primeras horas del combate, con los ingleses ya introducidos en el pueblo (pág. 26):

La confusión y el desorden que reinaban en la plaza, la inexperiencia de casi toda la tropa, la oscuridad de la noche, la ignorancia en que estaban en el Castillo de lo que pasaba; *todas estas causas reunidas eran capaces de poner perplejo al más valiente y quién sabe lo que hubiera sucedido a no haber llegado en aquel momento crítico don Vicen-*

¹⁰ Monteverde [1], p. 23, nota.

te Siera, Teniente que era de la bandera de La Habana, conduciendo unos prisioneros que había hecho, y a no haber informado a su Jefe de la verdadera situación de la Plaza, *animándole osadamente a que de ningún modo tratase de rendirse*. [El subrayado es mío.]

Finalmente, al enjuiciar la capitulación de los ingleses, afirma (pág. 27): «yo también digo que no nos hace honor»; y sostiene que Gutiérrez debería de haber sabido la verdadera posición de los canarios en el momento de la rendición (pág. 27):

... y en vez de valerse de ayudantes de poca experiencia debiera haber consultado los oficiales que la tenían, y los más acreditados por su valor, y éstos le hubieran hecho ver la triste situación de unos enemigos acorralados y debilitados por sus pérdidas...

En éstas y otras opiniones, Cologan se nos muestra con los pies puestos en la realidad. No es excesivamente severo con el General ni mantiene posturas fantásticas, como las sostenidas más tarde por el historiador Francisco María de León¹¹. Pero critica al anciano militar por no haber sacado un mayor partido de tan sonada victoria, después de la sangre y el esfuerzo que supuso para sus paisanos. No es mi intención entrar en la discusión de este tema tan controvertido, pues rebasaría los límites que me he propuesto en esta introducción. Pero creo que se debe comprender el lógico desencanto de Cologan —y de tantos otros— si se mira desde la óptica de su tiempo, con una Inglaterra dueña de los mares.

En segundo término, nuestro personaje amplía noticias sobre la lucha de guerrillas, que tuvo por escenario el laberinto de calles de Santa Cruz, en la madrugada del 25 de julio (página 26):

¹¹ LEÓN Y XUÁREZ DE LA GUARDIA, F. M.^a DE: *Historia de las Islas Canarias, 1776-1868*, Introducción de Marcos Guimerá Peraza, Aula de Cultura de Tenerife, 1966, pp. 46-47. Tacha al General de atolondrado, imprevisor, falto de energía en el mando, y de no haber sabido aprovecharse de la victoria. Incluso llega a sugerir que, mediante engaños, podía haber rendido a parte de la escuadra, si no a toda ella.

... y sería ocioso referir todo lo que pasó en estas guerrillas; basta decir que les hacía doblemente peligrosos la oscuridad de la noche, tanto que a veces se disparaba sobre amigos y otras se dejaba de ejecutarlo por no conocerse de parte a parte, como sucedió con dos de los referidos trozos de milicias que tomando por franceses a los que eran ingleses se les acercaron y fueron hechos prisioneros, y otro por igual equívoco aguantó sin defenderse una descarga de la que perdió la vida el Teniente Coronel del Regimiento de La Laguna, don Juan Bautista de Castro.

Y en tercer lugar, el autor asegura que la victoria se debió a un conjunto de casualidades y al valor particular de algunos individuos, más bien que a un plan premeditado y seguido. En cuanto al valor de los isleños, aunque no deja de reconocer la parte de mérito que los artilleros merecen, pone un mayor énfasis en la conducta de la tropa, que llevó el peso del combate en tierra (pág. 29):

¿Qué hubiera sido de nosotros sin las evoluciones de la tropa? Sea como fuere, a éstas se debió la decisión de la pelea, al haber acometido al enemigo en las playas, al haberle acosado en las calles, al haberse formado un Cuerpo de Reserva en la Plaza de la Pila...

Y para confirmar su tesis, presenta varios ejemplos. Antes que nada, realza la defensa que del muelle hicieron los milicianos del vivac del Castillo de San Cristóbal —lugar en donde se hallaba situado el propio Cologan—, mandados por el Capitán Luis Román y el Teniente Francisco Jorva. Considera la defensa de este punto del frente como decisiva para el desenlace de la lucha (pág. 25):

... pues por allí hubieran entrado los Nelson, los Bowen y otros jefes, cuya reunión hubiera sido temible...

Con ello sale al paso del excesivo papel que los propios artilleros se habían concedido en la obtención de la victoria¹². Otro ejemplo es la propia actuación del Teniente Siera, que ya ha sido comentada. También cita la elogiosa conducta del Comandante del Batallón de Canarias, don Juan Quinther, al mando de la principal fuerza que hizo inclinar la balanza a favor de los isleños, frente a los soldados de Troubridge y Hood¹³.

Por último, dedica un elogio a la valentía del Subteniente del Batallón de Milicias don Rafael Fernández, muerto en el cerco del Convento de Santo Domingo (pág. 29):

... quien peleando con arrojo y no consultando sino al ardor de un joven de veintitrés años, encaró al enemigo con sólo cuatro hombres.

No termina aquí la aportación de Cologan para un mejor conocimiento del ataque de Nelson. Además del incidente de la bandera del Castillo principal, nos ofrece datos sobre el cañoneo que existió entre el Castillo de San Andrés y la escuadra en la mañana del 25 de julio, episodio del que hasta ahora no se tenían detalles fidedignos¹⁴. Y hasta en el recuento de las bajas tenidas por los ingleses es clarificador. Cioranescu sostiene que las cifras dadas por el parte de Nelson —226 muertos y 123 heridos— parecen poco exactas; igualmente considera exageradas las que varios oficiales ingleses confesaron a un testigo del combate —más de 900 bajas entre unos y otros¹⁵. Pues

¹² Los milicianos disputaron duramente a los ingleses su paso al muelle, a pesar de la escasez de medios en que se hallaban: no había fusiles para todos y ni siquiera suficientes rozaderas, llegando a utilizar piedras en la lucha, a falta de otros proyectiles más apropiados. Véase CIORANESCU, *Historia...* [1], t. II, pp. 208-209.

¹³ Ejemplos del valor de ciertos individuos, durante los combates en tierra, los tenemos en las acciones del cabo Diego Correa y de José de Guezala (Monteverde, [1], pp. 51-52), de los sargentos Juan Arteaga y Manuel Barrios y del teniente Manuel de Salcedo (Ruméu de Armas, [6], t. III, pp. 1130-1332).

¹⁴ Se tenían dudas acerca de la cantidad de disparos que pudo hacer la artillería del castillo y cuáles fueron los buques ingleses afectados por su fuego. Véase CIORANESCU: *Historia...*, [1], t. II, p. 500, nota 180.

¹⁵ CIORANESCU: *Historia...* [1], t. II, pp. 216-217.

bien, Cólogan se queda en el término medio y nos brinda una versión diferente (pág. 28):

El número de los muertos y heridos fue crecido. Sin embargo, no podemos asegurar a cuánto ascendió, pero si se puede dar crédito a una lista que se vio por casualidad en manos de un oficial inglés dos días después de la acción, subía a cerca de 600 entre unos y otros...

Todo este conjunto de circunstancias, los datos y las opiniones aportadas hacen que la relación de Cólogan —de más interés que la de Zárate— constituya, en mi opinión, un testimonio veraz y claro del combate de Nelson y, por lo tanto, digno de unirse a las dos relaciones contemporáneas —las de Monteverde y Tolosa— que más interés han ofrecido a los historiadores.

II. RELACIÓN DE JOSÉ DE ZÁRATE Y PENICHER

1. *Rasgos biográficos.*

José Antonio de Zárate y Penichet, hijo de don Tomás de Zárate y Magüer y doña Francisca Penichet de Trujillo, nació en la ciudad de Las Palmas el 21 de julio de 1762, siendo bautizado en la parroquia matriz de San Agustín el día 27 siguiente. Se licenció en Derecho y ejerció como abogado en los Reales Consejos. Casó en primeras nupcias en Sevilla con doña Josefa de Alfaro y Rebolledo, que fallecería en dicha ciudad sin sucesión. Establecido en Tenerife, tomó parte activa en la vida pública de la isla. Como consecuencia de la Junta celebrada en la iglesia del Pilar el 29 de julio de 1797 y de su visita al Ge-

Monteverde estima que sólo los muertos llegaron a ser cerca de 600 (Monteverde, [1], p. 49). Por su parte, Ruméu defiende las cifras dadas por Nelson, argumentando que por tratarse de partes oficiales de las operaciones de la flota de Lord Jervis, y contando la misión con plazas limitadas, Nelson no podía ocultar a su jefe ni una sola baja en las tripulaciones de los navíos (RUMÉU DE ARMAS, [6], t. III, p. 895, nota 59).

neral Gutiérrez, Zárate quedó encargado —por acuerdo del Ayuntamiento de 5 de agosto— de la formación del expediente, recopilación de antecedentes y redacción de la Representación al Rey para la obtención del título de Villa para Santa Cruz. La representación fue aprobada por el Ayuntamiento el 13 de septiembre y elevada a través del General Gutiérrez: «Don José Zárate —comenta Cioranescu— había hecho bien su trabajo.» Solicitó también la construcción de la batería del Santo Cristo de Santiago, sita en la Altura de Paso Alto, a raíz del ataque de los ingleses.

Fue elegido Alcalde de Santa Cruz el 1 de enero de 1798 y volvería a serlo en 1802. Fue regidor en 5 de diciembre de 1803, para el Ayuntamiento, elegido por vez primera después de la obtención del privilegio de Villazgo. Casó en La Orotava en segundas bodas con doña Juana Paula de Figueredo y Núñez el 1 de enero de 1801, de la que quedaría viudo, con sucesión, en 1828. Hijos y nietos suyos fueron personajes destacados en la sociedad de las islas.

Zárate fue asesor del Cabildo de Tenerife, auditor de Marina titular, promotor fiscal interino del Juzgado de primera instancia de Santa Cruz de Tenerife y fundador del Colegio de Abogados de Santa Cruz de Tenerife, cuya sesión fundacional presidió el 2 de septiembre de 1838, «como el más antiguo de los profesores de la ciencia legal en este dicho partido». En ella fue elegido primer decano, con 17 votos, por dos que obtuvo don Segundo María Carrós.

Dos años más tarde, exactamente el 5 de febrero de 1840, fallecía en Santa Cruz don José de Zárate, bajo testamento otorgado ante el escribano don José Oliver.

2. *Texto.*

NOTICIAS DE LO ACAECIDO EN EL AÑO DE 1797

Isla de Tenerife, una de las Canarias, en guerra con los ingleses

OCURRIDO EN EL PUERTO Y PLAZA DE SANTA CRUZ:

Desde que dos fragatas inglesas sacaron de esta bahía de la Real Compañía de Filipinas, *El Príncipe Fernando* y el corsario francés *La Mutina*, no han dejado las mismas fragatas de cruzar sobre la Isla, haciendo algunas presas de los barcos de este tráfico, con restitución de algunos en que poco se utilizaban. Por dos ocasiones se abocaron con bandera parlamentaria, la primera pidiendo los ingleses prisioneros, lo que se les negó, y la segunda proponiendo canje por los franceses prisioneros en *La Mutina*; a esto se accedió, y efectivamente se verificó el canje con mucha urbanidad de parte a parte, pues habiéndole escrito S. E. al Comandante inglés, por un niño de 8 a 9 años que había recogido el Teniente Coronel Don Juan de Castro, el que se embarcó llorando porque no quería dejar la casa de su bienhechor, el Comandante inglés lo hizo volver a tierra y mandó una expresión de cerveza y queso a S. E., quien le correspondió con otra con frutas y verduras del país, pedidas por el mismo inglés.

Después de esto se ausentaron las dos fragatas, se dijo estaban en la Madera y corría con mucho valimiento la voz de que proyectaban una expedición contra esta Plaza, motivo por que los sujetos acaudalados, de ella dieron principio a internar sus caudales, alhajas y efectos. Volviéronse a presentar las dos fragatas a mitad de julio, y ya entonces se temió con más fundamento la invasión. Salieron muchas familias de la Plaza y S. E. que desde que sacaron los ingleses del fondeadero la fragata de Filipinas, tomó cuantas precauciones sugiere el arte de la guerra, según la constitución y fuerzas de esta Plaza, dobló su vigilancia, reforzando las guardias, haciendo preparar todos los útiles en las baterías, bajar más gentes, para la defensa, y el Señor Excmo., cuando no amanecía que era rara vez en el Vivac o muelle, se retiraba después de la medianoche a descansar.

El sábado 22 de julio, a las cuatro y media de la mañana, se tocó alarma porque se vieron seis buques de guerra al frente de la Plaza, pero a mucha distancia, tres de los cuales con la Balandra y Bombardera que después se descubrieron dirigieron el rumbo hacia el Valle de San Andrés e intentaron un desembarco que se creyó dirigido a Paso Alto, y para eso tenían treinta botes que fueron rechazados por la artillería de aquel Castillo. Retrocedieron a cosa de las siete de la mañana, a las 10 volvieron a dirigirse aunque no en tanto número y verificaron el desembarco en sitio donde no les podía ofender la artillería del Castillo del Valle de San Andrés, y las tres fragatas y Balandra fondearon en aquel mismo sitio.

Luego que el Teniente Coronel Don Pedro Higuera, Gobernador de Paso Alto, notó que el enemigo se dirigía a la altura que dominaba a esta fortaleza, mandó a ocuparla a unos pocos hombres de los que se hallaban en su Castillo, y dió parte inmediatamente a S. E., quien hizo mandar allí 200 hombres, también fueron 100 franceses que se ofrecieron a contribuir por su parte a la defensa, y por otro sitio fue el Teniente Coronel Don Juan Creagh con alguna gente, por si intentaban los enemigos subir por aquella parte a La Laguna.

Este primer paso tuvo buen éxito, pues cuando los ingleses creyeron ocupar la Altura referida, hallaron ya en ella los nuestros con dos violentos, los contrarios también habían conducido uno o dos cañones pero mediaba un barranco entre unos y otros que no podían ofender, sin embargo hubo algún tiroteo de parte a parte, pero sin pérdida nuestra; mas murieron tres o cuatro ingleses que bajaban por agua y los mataron dos soldados del Batallón que se habían emboscado entre unos cardones.

Viendo pues el enemigo que era imposible ganarnos la altura sin exponerse a ser todos sacrificados, porque para ello tenían que descender al Barranco y subir luego un monte escabroso siempre dominado de los nuestros, a las 5 de la tarde del sábado, se reembarcaron, lo que no se pudo impedir a pesar del fuego de Paso Alto y de San Andrés y el domingo 23 entre 11 y 12 se hicieron a la vela las tres fragatas y la Balandra, y se incorporaron con los tres navíos. En este medio tiempo se sacaron los caudales del Rey, y de otros particulares, salieron de la Plaza las más de las mujeres y niños. Se internaron los papeles de los oficios públicos y oficinas reales y se adoptaron cuantas precauciones fueron posibles, y la junta de acuerdo con S. E. tomó también varias medidas, así para la tranquilidad interior y buen orden del pueblo, como para proveer nuestras tropas de víveres.

El lunes por la mañana se advirtió que otro navío se incorporaba con la Escuadra, lo que nos puso con más cuidado, y yo que hacia de Síndico Personero, temiéndome un bombardeo que pudiera causar un incendio o que una invasión nos obligase a la retirada, fui a casa de S. E. y le propuse se podía pasar oficio a el Cabildo de La Laguna para que tomase providencia, a fin de internar gran número de barriles de harina que los franceses habían traído pocos días antes de una presa portuguesa, por ser el único auxilio que teníamos para la tropa. A S. E. le pareció bien mi prevención, y yo mismo subí a las once y media lo hice presente al Cabildo, a la primera estaba de vuelta en casa de S. E. y a las 4 de la tarde habían ya bajado carruajes y caballerías y se subieron porción de barriles.

También en fuerza de la orden de S. E. habían bajado muchos milicianos y paisanos de rozadores hasta número de 1.500 hombres.

A la medianoche, dicese tarde, fondeó toda la Escuadra en el propio sitio que antes las tres fragatas y a las oraciones empezaron a bombardear el Castillo de Paso Alto, desde donde se correspondía igualmente y con alguna interrupción. Duró el bombardeo hasta

las 2 de la madrugada del 25, ningún daño recibió Paso Alto, pero dicese que uno de los navios llevó un palo rendido. A las dos y media, amparados en la oscuridad de la noche, se descubrieron varios botes enemigos a un mismo tiempo por el muelle, por la Carnicería, por San Telmo y por las cercanías de la Aduana. Fue mucho el fuego que se hizo del Castillo de San Cristóbal y de todas las Baterías y también de fusilería, los ingleses igualmente hacían un fuego vivo pugnando por saltar en tierra. Mas como nuestra gente estaba repartida en varios puestos, lograron al fin saltar por todas partes y al hacerlo por la Playa de muelle fue forzoso separar de allí a S. E. y llevarlo al Castillo principal, porque despreciando el riesgo quería ponerse al frente, y a la verdad que hubiera perecido si no le obligan a salir de allí y a la hora aviada.

Mucha gente costó al enemigo el llegar a poner el pie en tierra, y verificado se paseaban por las calles y Plazas del pueblo, muy a satisfacción, tocando un tamborcillo y un pito, y haciendo algunos robos, aunque fueron pocos, dividiéndose en cuadrillas y ya se creían dueños de la Plaza, entretanto llegó el día y nuestras tropas acudieron a la Plaza, como también los franceses, ocuparon las calles y entonces se fueron reuniendo los enemigos en la Plaza de Santo Domingo, hubo varios encuentros entre las referidas partidas, los seis violentos que hay en la Plaza se colocaron en los principales parajes de ella y entonces fue la fuerza del combate, la intrepidez de los franceses, de nuestro Batallón y Milicias agregadas a él, puso en compromiso a los ingleses y éstos tuvieron que violentar la portería del Convento para ampararse, poniendo guardias en todas las puertas, pero los nuestros les impedían la salida y al mismo tiempo otras partidas sueltas del enemigo que andaban por las calles eran atacadas por las del Batallón y ví soldado hacer frente en la calle de las Tiendas a siete ingleses, derribar a uno y herir los demás. Se hicieron muchos prisioneros y muchos se rendían de grado.

El jefe que los capitaneaba, estando ya con la mayor parte de los suyos en el referido Convento, hizo que el Prior se presentase a S. E. proponiendo que entregando el caudal del Rey y los efectos de la China evacuarían la Plaza, sin hacer otra extorsión, desechóse la propuesta, continuó el fuego y viendo de la Escuadra la actividad de él, mandaban un gran refuerzo que fue rechazado y echada a pique la Balandra con los cuatrocientos hombres de desembarco que traía. Todo esto lo observaban los ingleses, del campanario del Convento y como vieron retroceder nueve botes, depuesta toda esperanza de socorro con los mejores y más de sus Oficiales muertos y heridos, rendidas y prisioneras las partidas sueltas, pidieron la capitulación y se les concedió con la mayor humanidad, pues se les dejó salir con todas sus armas y honores, habiendo jurado no tomar las armas en la presente guerra, y que aquella Escuadra no acometería a ninguna de estas islas, ni incomodaría el tráfico marítimo de ellas. Embarcáronse en fin y al día siguiente suplicaron les dejasen llevar algunos de sus botes, que se les concedió cuando estaban en el muelle para embarcarse. Les mandé yo un refresco

de pan y vino, que admitieron, esto fue de la aprobación de S. Exa. y de toda la Plaza. Reconocido el Almirante Nelson, escribió una carta llena de reconocimientos a S. E. Le decía en ella publicaría en todas partes la humanidad y generosidad de ánimo con que trataron a los rendidos. Que había perdido su brazo derecho y con todo deseaba la paz para venir a visitar a un Jefe tan generoso y magnánimo y que la prenda de más estimación que traía consigo se deshacía de ella para ponerla. Este fue un gran anteojo nocturno. Suplicó se le mandase una poca de fruta fresca. S. E. inmediatamente me hizo llamar para saber si había alguna en los almacenes de provisión que estaban a mi cargo, y, en efecto, a las 2 de la tarde se le remitieron como 4 serones, que era toda la que había. Ofreció el Almirante llevar los pliegos para nuestro Rey si era gusto de S. E. confiárselos, se le confiaron en efecto con sólo la noticia de la victoria y dió palabra de cuanto llegase a Cádiz acercarse con bandera parlamentaria y entregarlos. Este fue el éxito de nuestras armas y cuantas circunstancias concurrieron.

Un capitán inglés que estaba herido, que estaba en el Hospital Real, llamado Robinson y llevado a bordo, murió en la lancha. Reveló la orden que traían que la expedición fue proyectada por el Comandante de la Therpichoré R. Bouwen, que es el que sacó la fragata de Filipinas, pero este pagó su arrojo porque quedó muerto en el muelle con su Teniente. También dijo el mismo capitán que hacía juicio que cuando llegaran a incorporarse con la Escuadra que está sobre Cádiz, estaría hecha la paz, y que para esta expedición se escogió lo mejor de las tropas inglesas y los Oficiales más acreditados. Se quedaron 10 marineros desertores que están en Paso Alto.

La misma mañana del martes hicieron los honores a bordo a sus oficiales difuntos. La Plaza hizo tres salvas, a la mañana, mediodía y tarde; y el día 26 se cantó el Tedeum en la Parroquia.

Yo como Personero propuse al Alcalde se pidiese licencia al Corregidor para convocar al pueblo a Junta General, a fin de aclamar al Apóstol Santiago por copatrons de esta Plaza. Pidióse y fue concedida y se fijaron edictos a son de caja con un piquete de soldados, convocando para el sábado 29 en la iglesia del Pilar. Se pasaron oficios para que concurriesen al Vicario Eclesiástico, Beneficiado y Prelados de los dos Conventos. Celebróse la Junta a las dos y media de la tarde, hubo un gran concurso y colocados todos en sus asientos me mandó el Alcalde dijese al pueblo el fin para que era convocado, lo que hice del modo siguiente:

—Señores: Yo que tuve el honor de desempeñar las funciones de caballero síndico personero en los tres días de amargura, precedentes al de nuestra victoria, me propuse responder a la confianza que me merecí a este respetable público, quando me dió el segundo lugar en la elección de oficios. Auxiliado del señor Alcalde y de los caballeros diputados y con anuencia del Exmo. Sor. nuestro Gefé, nada omití de cuando mis pobres talentos me dictaron que pudiese contribuir a asegurar la tranquilidad interior de nuestro pueblo, y aún adoptamos otras providencias y precauciones que,

cuando no inmediatas, al menos concurren mediatamente a su defensa. Mas nada hubiera hecho si me hubiese olvidado que nuestro triunfo fue obra del Dios de las Batallas por intercesión del Apóstol Santiago, patrón general de nuestra monarquía.

¿Quién en la noche del lunes al martes, no creyó ser desgraciada víctima del furor británico? Los maridos, los padres, los hermanos, les parecía estar ya viendo a sus amadas consortes, a sus inocentes hijas y hermanas, ser el blanco de la incontinencia de unos hombres enemigos nuestros, de Dios y de su ley. Todos, todos temimos con sobrado fundamento vernos arrojados de nuestros hogares, despojados de nuestros bienes y privados de la amable libertad que nos dispensa el Gobierno suave de un Rey católico. Pero el Omnipotente que todo lo ve, después de habernos presentado el cáliz de amargura que por nuestros pecados teníamos bien merecidos, olvidándose por un instante de ellos, nos quiso refocilar con la copa del dulce néctar. Vencimos, en fin, y nuestra victoria fue toda obra del Dios de los Ejércitos por la mediación del Apóstol Santiago, en cuyo glorioso día triunfamos del enemigo. A solo Dios se le debe toda honra y gloria; pero a este mismo Dios se le glorifica en sus santos. En tal concepto, ¿no merecerá el apóstol Santiago que por un efecto de nuestra gratitud y reconocimiento y en debida retribución a los beneficios recibidos le aclamemos por patrono tutelar de esta plaza? Parece que sí; y digo com-patrono porque, por una tradición constante desde la conquista de esta isla, sabemos que la Santa Cruz es la tutriz de este pueblo, aunque carecemos de documento que lo acredite. Aclamemos, pues, señores, a la Santa Cruz y al Apóstol Santiago por patronos tutelares de esta plaza y, para dar más realce a los sentimientos de nuestros corazones, ocurramos luego a los pies del Trono e impetramos la confirmación de este acto de piedad y religión cristiana. Juremos tributar anualmente a nuestra costa los debidos cultos a nuestro Apóstol, en memoria del feliz suceso que nos ha colmado de júbilo y alegría y, si es tal la voluntad de este noble y piadoso vecindario congregado a este efecto con anuencia del caballero Corregidor de esta isla, sirvanse todos declararla para que el señor Alcalde a nombre de todos pueda prestar el debido juramento en manos del señor Vicario, quedando a cargo de la junta todas las diligencias consiguientes y necesarias para la mayor legalidad, como también la dirección de la fiesta que anualmente se ha de hacer al glorioso Santiago.

Aclamáronse en fin a la Santa Cruz y al Apóstol Santiago por patronos de esta plaza, votando anualmente las respectivas fiestas y el Alcalde hizo a nombre del público el juramento en manos del Vicario. El domingo 30 hubo función de acción de gracias, predicó el Maestro Raymond, agustiniano, por la tarde hubo procesión general, salió la Virgen del Carmen, el Santo Apóstol y delante la bandera tomada al enemigo, también se sacó en procesión la reliquia de San Clemente. El lunes se celebraron exequias por cuenta del Rey, el martes las costeó S. E. y en las tres noches hubo luminarias. Ahora se trata a propuesta de S. E. de impetrar la gracia

de que este pueblo se titule Villa de Santa Cruz de Santiago. De todo se dará parte por esta Junta al Real acuerdo.

S. E. continúa dando sus disposiciones en caso de nueva invasión, aunque la creemos muy remota.

III. RELACIÓN DE BERNARDO CÓLOGAN FALLON

1. *Rasgos biográficos.*

Bernardo Cólogan y Fallon, hijo de don Tomás Cólogan y Valois y de doña Isabel Fallon y Gante, nació en el Puerto de la Orotava el 8 de septiembre de 1772 y fue bautizado en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Peña de Francia el día 13 siguiente. Estudió en el Colegio de Navarra, en París, y pasó luego a Inglaterra y Holanda. Regresó al Puerto sobre 1794, y aunque prefería seguir sus gustos literarios y artísticos, se incorporó a las tareas de la casa de comercio de su familia.

Cólogan acogía a los visitantes ilustres de nuestra tierra, como lo fueron Andrés Pedro Ledru (1796-97), Alejandro de Humboldt (1799) y Bory de Saint-Vincent (1802).

Actuó intensamente en la política de su tiempo. Fue Síndico Personero del Puerto de la Orotava en 1800, Alcalde Real del Puerto en 1804, reelegido para 1805; Alcalde de Aguas en 1807; de nuevo Personero en 1808, en cuyo Puerto le sorprende el alzamiento contra Napoleón, que hace que su pueblo natal le designe como uno de los dos representantes suyos en el Cabildo General abierto que se celebró en La Laguna el 11 de julio de ese año, y del que salió nombrada la Junta Suprema de Canarias; de ella fue Vocal destacado Cólogan, nombrado junto con José Murphy por el Comercio. Terminada su labor en la Suprema, el Puerto le elige para 1810 —por tercera vez— Síndico Personero, y en esta etapa ocurre el sangriento motín contra los franceses, que tantos disgustos le proporcionaría, pues cayeron asesinados su escribiente Bressan y el maestro de letras y música Broual, regidor de la Escuela creada por el propio don Bernardo en una casa de su propiedad.

A fines de 1811, y con motivo de la epidemia de fiebre amarilla, Cólogan marcha a La Laguna. Allí, el 23 de enero siguiente, contrae matrimonio con María del Rosario Bobadilla de Esclava y Pery, en el oratorio de la casa de los Marqueses de Villanueva del Prado. En su casa de la plaza de la Concepción nació el 28 de febrero del siguiente año de 1813 el único fruto de este matrimonio, Tomás Fidel Cólogan y Bobadilla.

La salud de Bernardo Cólogan se hallaba hacía algún tiempo gravemente resentida; en busca de alivio y cura marchó a Londres en julio de ese año, y el 14 de abril de 1814 fallecía, siendo sepultado en el cementerio de San Pancracio, de aquella metrópoli, donde quedaron sus restos.

2. *Texto.*

RELACION de la defensa que hizo la Plaza de Santa Cruz de Tenerife atacada por una Escuadra inglesa al mando del Contra-Almirante Horacio Nelson desde el 22 de Julio de 1797 hasta la mañana del 25.

El 22 de Julio amanecieron enfrente de Santa Cruz 3 navíos de guerra, 3 fragatas, 1 cutter y una bombardera con dos divisiones de lanchas, la una con dirección al Valle del Bufadero¹ y la otra a la Plaza. Estas venían cargadas de tropa y de marinería armada, dejándose ver al mismo tiempo las escalas con que parecían querer intentar algún asalto.

Hízose la acostumbrada señal de alarma, y no sólo llamó nuestra vigilancia, sino que avisando a los enemigos que la había, se retiraron a sus buques, a cuyos costados permanecieron las referidas lanchas hasta las diez. A esta hora dieron fondo cerca del Valle de Bufadero las 3 fragatas como para proteger un desembarco, que efectivamente ejecutaron en la Playa del Valleseco y de allí formándose en columna subieron con bastante prontitud al cerro que domina el de Paso Alto² y lo ocuparon en tres pozos, de los que uno se acampó sobre lo alto de la colina, el segundo en una falda o loma y el tercero a más corta distancia de la playa.

Desde luego que se comprendió en la Plaza cual podía ser el fin de este ataque se destacaron fuerzas suficientes para apoderarse del cerro de Paso Alto e impedir a los ingleses el tránsito hacia este

¹ Este Valle está situado a la izquierda de la Plaza.

² Paso Alto es una fortaleza respetable igualmente situada a la izquierda de la Plaza.

Castillo que parecía ser su principal mira. Con efecto hallando su proyecto descubierto y no pudiendo ganar el citado monte, tanto por las fuerzas que se lo impedían como por lo profundo del barranco, y el áspero risco por que era necesario trepar, rompieron el fuego sobre nuestras tropas con un cañón de a 4 que habían logrado subir. Nosotros que habíamos tenido igual precaución les correspondimos con cuatro piezas que habían conducido a nuestra altura los milicianos no sin mucho esfuerzo y destreza.

Mientras estas partidas encaraban al enemigo marchó para la Laguna alguna tropa del Batallón de Canarias a la que se agregaron varios trozos de milicias y paisanaje en aquella ciudad, y sus inmediaciones con el fin de contener al enemigo si acaso intentase penetrar en lo interior de la Isla o de atacarle en flanco, siempre que permaneciese en la altura.

Estas disposiciones y las demás dificultades que encontraban, produjeron la ventaja de inutilizar su plan, resultando en todo aquel día un pausado cañoneo de parte a parte que no causó estrago alguno, tal cual tiroteo entre partidas que bajaban a estancar su sed en una fuente inmediata y otras nuestras que las acechaban de cuyas ligeras escaramuzas, dejaron (dicen) los primeros dos muertos en el sitio llevando consigo algún herido.

Por la tarde se acercó la lancha obusera a Paso Alto y comenzó a bombardearle; mas habiéndole correspondido este Castillo se echó de ver que esto no era más que un entretenimiento.

La mañana siguiente supimos que los ingleses se habían vuelto a embarcar la noche anterior, siéndoles ya imposible atacarnos por aquella parte y además de lo árido del terreno de que se habían apoderado y de lo ardiente que estaba el sol aquel día, se les hacía difícil subir viveres y refrescos y como los nuestros les molestaban en la bajada a la fuente, la sed los consumía de modo que este inconveniente enfermó a muchos y disgustó generalmente a todos³.

El 23 se levaron las tres fragatas y se reunieron con los demás navíos y a medio día decayeron hacia el Sud cuya maniobra avivó aún más nuestra atención, recelándonos intentasen desembarcar en terreno más llano a la derecha de la plaza. Con este motivo se tomaron las disposiciones que pudiesen contrarrestar semejante proyecto o a lo menos contener sus primeros pasos.

El 24 amaneció la Escuadra sotaventada y a las doce se le reunió un navío de 50 cañones. Luego se advirtió que de resultas de una seña de la Capitana todos los buques habían dirigido su rumbo al surgidero del día antes, en donde dieron fondos aquella tarde y no bien había oscurecido cuando comenzó la lancha obusera a bombardear a Paso Alto y su cerro; correspondía este Castillo sea para

³ Un Oficial inglés me aseguró que en su vida habían experimentado calor igual, tanto que él y sus compañeros se habían desmayado; y no tuve dificultad en creerlo, pues el sol estaba ardentísimo, aquellas alturas carecían de paraje donde ponerse al abrigo de sus rayos, y allí ni siquiera reinaba un vientecillo que los aliviase.

rechazar o acallar la bombardera, sea para impedir al enemigo que se acercase; bien que ya entre los más experimentados prevalecía la opinión de que no era Paso Alto el objeto de sus miras; que el bombardearlo no tenía otro fin que llamar nuestra atención hacia él y entretener por sus contornos nuestra fuerza principal, a fin de dirigir luego después sus operaciones a la parte opuesta de la plaza, o a su centro, y cogernos desprevenidos e incapaces de hacer mayor resistencia. Con cuyo conocimiento se tomaron las medidas correspondientes para la defensa de la citada fortaleza sin desamparar los demás puestos.

Tal era nuestra situación. La noche favorecía cualquier proyecto del enemigo. Aire no corría y reinaba el silencio que suele haber cuando las olas están apacibles: sólo alguna estrella daba claridad como que sin suma vigilancia no se podían divisar los objetos y que sin ella la sorpresa hubiera sido muy fácil.

En fin, a las dos de la madrugada la lancha obusera dobló su fuego cuando habiendo aquel Castillo hecho señal de alarma y repetidola los siguientes muy pronto se alcanzaron a ver de la punta del Muelle una gran porción de lanchas que se dirigían a la derecha de la plaza.

Esto bastó para ponerla en movimiento y entonces comenzó el fuego de todas las Baterías. Mas lejos de desmayar la intrepidez de los enemigos en medio de tan terrible acogida intentaron desembarcar en la playa del Barranco de Santos⁴ y no pudiendo efectuarlo en el primer avance por haber prontamente acudido el Batallón y sus milicias agregadas, vogaron de nuevo, y vinieron a encallar más arriba en una ensenada inmediata al Barranquillo, en cuya playa lograron hacerse fuertes favorecidos por el casco de un barco viejo tras del cual se guarecían del vivo fuego que les hacía un trozo de 40 reclutas del Regimiento de la Habana, hasta que viendo éstos el gran número de los contrarios y los débiles que eran sus fuerzas para resistirles tuvieron que retirarse y dejarles el paso libre. Por aquel puesto se introdujeron en el pueblo entrando desde luego en la Plaza de la Iglesia, mientras un trozo se dirigía al Castillo de San Cristóbal de cuyo Rastrillo* se le hicieron con acierto varias descargas de fusilería que le obligaron a huir por la calle inmediata, y no menos ventaja habían conseguido los que defendían el boquete del Muelle, a cuya plaza se habían arrojado media docena de lanchas: porque no dejando a la oficialidad inglesa tiempo para formar su gente, hirieron luego con sus seguidas descargas y mataron a algunos jefes y a muchos soldados y marineros, obligando a los que quedaban dispersos y subían al número de sesenta hombres a rendírseles prisioneros⁵.

⁴ El Barranco de Santos está a la derecha de Santa Cruz.

* Don Esteban de Lugo, Capitán de Milicias, dirigió este fuego (del Rastrillo).

⁵ Dicen que todo este destrozo provino del acierto con que se disparó un cañonazo a metralla del Castillo de San Cristóbal; muy enhorabuena que aquel primer golpe consistiese en eso, pero

La victoria ya ciertamente decidida en este punto importante no lo estaba aún en las demás partes del pueblo, pues no quedando otro partido que el de acosar a los que habían logrado introducirse, cuyo número fijo se ignoraba y por la mucha oscuridad era imposible descubrir se repartieron nuestras fuerzas para este fin y para ahuyentarlas de los puestos donde su reunión pudiera haber sido funesta.

Una división que había entrado en la Plaza de la Pila y estaba apostada en la parte superior se había desde luego apoderado del almacén de viveres y sacando a un Diputado de Abastos le habían obligado a conducir un Sargento parlamentario al paraje donde se hallase el General a quien le intimó rindiese la plaza dentro de dos minutos o que de no la incendiarían que tenían dos mil hombres en tierra y que venían resueltos a llevar su intento al cabo.

Mas tan extraña proposición fue desechada; bien que se aseguraba que era imposible hubiesen puesto el pie en tierra los dos mil ingleses de que hablaba el Sargento además de que el Batallón estaba intacto, el espíritu de la tropa no había desmayado, y se veía en disposición de acometer a los enemigos ⁶.

seamos más justos; si el Vivac que está en aquella entrada del pueblo no hubiese sido defendido con espíritu, los enemigos, una vez recobrados del primer susto, se hubieran apoderado de un puesto tan importante y hubieran penetrado por allí; mas siendo cierto que ninguno entró y que todos fueron muertos, heridos, prisioneros o dispersos, es evidente que esta ventaja no consistió únicamente en el cañonazo, sino principalmente en la resistencia que hizo el Capitán de Milicias don Luis Román ayudado por el Teniente del mismo Cuerpo don Francisco Jorva y por una docena de hombres cuya mayor parte eran milicianos. De resultas de la refriega que hubo en este puesto se retiró herido para su Escuadra el Almirante Nelson, llevando consigo algunos Oficiales y soldados igualmente heridos, y perdieron la vida el Capitán Bowen y su Teniente Thorpe, quedando el campo de batalla con varios otros heridos de la Oficialidad y tropa y muchos muertos. A pesar de haber hecho propósito de no nombrar persona alguna en mi relación, creí faltar a la verdad en dejar en el mismo olvido a don Luis Román y a infinitos otros que han sido nombrados con distinción o que se han nombrado a sí mismos sin merecerlo. Hay otra consideración, y es que yo miro este golpe como el que más contribuyó a decidir la victoria en favor nuestro; pues por allí hubieran entrado los Nelson, los Bowen y otros jefes, cuya reunión hubiera sido temible, y aun en la suposición de que debamos dudar en quien pendió la ventaja, si en el acierto, tal vez casual, del cañonazo o en el espíritu de Román, prefiero alabar a los que estaban más expuestos y desamparados.

⁶ Merece tener su puesto en la relación de este ataque el nombre del Oficial que contribuyó más que nadie a que fuese despreciado este primer mensaje del enemigo. El General desde el primer fuego había acudido a la punta del muelle; mas luego que se vie-

En el interin éstos andaban en trozos por lo interior del pueblo además de la Plaza de la Iglesia en que estaban apostados, tenían partidas que ocupaban varias calles, por lo que vino a formarse el Batallón en la Plaza de la Pila para servir en todo caso de Cuerpo de reserva, destacándose al mismo tiempo trozos de dicho Cuerpo y de Milicias para perseguir y acosar a los ingleses: y sería ocioso referir todo lo que pasó en estas guerrillas, basta decir que les hacía doblemente peligrosos la oscuridad de la noche, tanto que a veces se disparaba sobre amigos, y otras se dejaba de ejecutarlo por no conocerse de parte a parte, como sucedió con dos de los referidos trozos de milicias que tomando por franceses a los que eran ingleses se les acercaron y fueron hechos prisioneros, y otro por igual equivoco aguantó sin defenderse una descarga de la que perdió la vida el Teniente Coronel del Regimiento de Milicias de La Laguna, don Juan Bautista de Castro.

Por fin la columna inglesa, viéndose acosada de todos lados, llegó a reunirse en la Plaza de Santo Domingo, donde parte se formó en batalla y parte entró en el Convento de cuyas ventanas hacían fuego a los nuestros. Estos, animados cada vez más, iban ganando las bocacalles inmediatas, y ya empezaba a rayar el día cuando destacaron los enemigos un Oficial parlamentario, quien se presentó al General y le intimó segunda vez rindiese la Plaza, ofreciendo en tal caso no molestar ni perjudicar a vecino alguno; pero que de no avenirse a su propuesta la incendiarían. Mas no era regular se diese oído a su intimidación cuando la aurora ya nos iba asegurando de nuestra victoria, y así la respuesta del Jefe fue que aún tenía pólvora, balas y gente con que defenderse, de cuyas resultas se avivó de nuevo el combate.

A este tiempo había enarbolado su bandera el Castillo de San Cristóbal, y esto por poco no cuesta la vida a un gran número de enemigos. Efectivamente, unas quince o diez y seis lanchas que habían acompañado a los demás cuando el desembarco, y que no pudiendo ejecutarlo, rechazadas por el vivo fuego de nuestra Artille-

ron acercar las lanchas, juzgaron sus ayudantes que era el puesto muy arriesgado para su persona y le habían conducido al Castillo principal donde le conceptuaban más en su centro atendiendo a su avanzada edad que no le permitía ejecutar todo lo que su espíritu le dictaba. La confusión y el desorden que reinaba en la plaza, la inexperiencia de casi toda la tropa, la oscuridad de la noche, la ignorancia en que estaban en el Castillo de lo que pasaba; todas estas causas reunidas eran capaces de poner perplejo al más valiente y quién sabe lo que hubiera sucedido a no haber llegado en aquel momento crítico Don Vicente Sierra (sic), Teniente que era de la bandera de la Habana, conduciendo unos prisioneros que había hecho, y a no haber informado a su Jefe de la verdadera situación de la Plaza animándole osadamente a que de ningún modo tratase de rendirse. La entereza con que este oficial habló a su General es de los hechos más loables de esta defensa, y muchos pretenden fue la causa principal de su buen éxito.

ría, habían esperado fuera de tiro de cañón, hasta tanto que cesase o que tuviesen algún indicio por donde conocer la suerte buena o mala de la empresa, desde luego que alcanzaron a ver la bandera encarnada, la tomaron por la de su nación e inmediatamente remararon con brío para ganar la Playa de la Carnicería y hubieran perecido sin remedio a no haberlas pronto desengañado el fuego que se les hizo de los Castillos y del que fueron algunos a pique. Y no fue poca su fortuna en conservarlas, pues las que habían quedado en nuestras playas estaban ya reducidas a un montón de tablas.

La acción reinaba aún en las inmediaciones de Santo Domingo cuando los ingleses, en vista del suceso de las lanchas rechazadas que habían observado del Campanario, se valieron de dos religiosos para que pasasen a exponer personalmente al Comandante General que no era su ánimo perjudicar ni incomodar a los vecinos, siempre que se les entregasen los caudales del Rey y todo lo perteneciente a la Real Compañía de Filipinas⁷, pero que de todo lo contrario serían fatales las consecuencias. ¿Qué otra respuesta se les había de dar sino la misma que se había dado al oficial, sobre todo cuando teníamos el Convento y que nuestros violentos les hacían temible cualesquiera salida? Con este motivo destacaron nuevamente dos oficiales, quienes propusieron lo que antes habían intimado, pero viendo la resolución con que se rechazaba semejante partido tuvieron a bien conformarse con capitular. En esta capitulación se acordó que las tropas de S. M. Británica se embarcarían con todas sus armas y llevarían sus lanchas en caso de estar a salvo, y que de no se les franquearían las que necesitasen para su embarque, en cuya consideración se obligaban a no molestar el pueblo de Santa Cruz con los navíos que se hallaban delante de él y a no atacar isla alguna de las demás, devolviéndose los prisioneros de parte a parte⁸.

Aún se estaba en esta negociación cuando la Escuadra que se

⁷ Todo el mundo sabe que la entrada en Santa Cruz de dos navíos de la Compañía de Filipinas ricamente cargados fue el aliante principal que tuvieron los ingleses para pensar en nuestras peñas.

⁸ Sé que se ha hablado contra semejante Capitulación y que los inteligentes la miran no sólo como indecorosa, sino como mancha que deslucen nuestra victoria. Sin tener conocimiento mayor del arte militar, yo también digo que no nos hace honor. A esto responden los defensores del General Gutiérrez Gutiérrez que tal vez contaba poco con nuestra tropa e ignoraba nuestra verdadera posición cuando la firmó, mas debiera haberla sabido, y en vez de valerse de ayudantes de poca experiencia debiera haber consultado los oficiales que la tenían, y los más acreditados por su valor y éstos le hubieran hecho ver la triste situación de unos enemigos acorralados y debilitados por sus pérdidas, sobre todo cuando nosotros íbamos logrando reunir los dispersos por la oscuridad de la noche, por el miedo o por la falta de armas y de experiencia.

había levado y que por falta de viento apenas caminaba experimentó al pasar por el Valle de San Andrés el fuego de aquel Castillo dirigido principalmente a la Capitana y a una fragata, las que ambas le correspondieron, y aun hicieron acercar la lancha obusera hasta que viendo que lejos de surtir efecto sus tiros la maltrataban los del Castillo la retiraron a toda prisa⁹.

Es por demás decir cuán celebrada fue la victoria en alegres vivas y en aclamaciones de júbilo; pero no lo es el publicar que apenas cesaron las hostilidades el muelle que había sido teatro de sangrientas escenas se trocó en reunión de amigos y enemigos, donde se vio que si en el combate había el inexperto canario hecho esfuerzos de valor después de él sabía igualmente acreditar su humanidad.

La pérdida de los ingleses fue considerable y su mayor destrozo al intentar el desembarco cuando nuestra Artillería echó a pique un Cúter de 14 cañones que venía cargado de tropa, marinería armada, municiones, piezas de campaña y demás avíos, salvándose muy poca gente, y cuyo total según los cálculos más moderados y probables sería de 200 a 300 hombres.

Zozobraron del mismo modo muchas lanchas y casi todas alcanzaron las playas muy mal tratadas. El número de los muertos y heridos fue crecido; sin embargo, no podemos asegurar a cuánto ascendió, pero si se puede dar crédito a una lista que se vio por casualidad en manos de un Oficial inglés dos días después de la acción, subía a cerca de 600 entre unos y otros, siendo de los primeros el Capitán don Ricardo Bowen, de la Fragata «Terpsichore», quien había sacado de la Bahía la de la Compañía de Filipinas *El Príncipe Fernando* y promotor, según dicen, de esta expedición; y de los segundos el mismo Contraalmirante don Horacio Nelson. Además de estos dos oficiales murieron o fueron heridos otros muchos, como que en la referida lista ascendía su número a 22 entre unos y otros. Tomámosles un cañón de a 4 de bronce, porción de fusiles, pistolas, sables, chuzos, picas, escalas, cartuchos, dos carros de guerra y una bandera.

Por nuestra parte, la pérdida fue corta en comparación, no pasó de 23 muertos y 30 heridos contando algunos paisanos que murieron indefensos. Entre los citados muertos se hallan dos Oficiales: el Teniente Coronel del Regimiento de Milicias de La Laguna, don Juan de Castro y Ayala, el que a pesar de su edad avanzada se hallaba a la cabeza de la tropa, y el Subteniente del Batallón de Canarias, don Rafael Fernández, quien peleando con arrojo, y no

⁹ Es de notar que en el citado Castillo no había más que dos cañones sensibles de los que pronto uno se inutilizó, y el otro, después de haber disparado unos 20 tiros, se reventó, mató a un artillero e hirió a otros, dejando de este modo parado el espíritu que manifestó don Josef Feo —Oficial de Artillería que mandaba en aquel puesto—. Si este Castillo hubiera estado provisto de sus cañones competentes, les hubiera salido caro el paso a algunos de aquellos navíos.

consultando sino el ardor de un joven de veintitrés años, encaró al enemigo con sólo cuatro hombres. Ya que en nuestra justicia pende su recompensa, paguemos a las cenizas de ambos el tributo de alabanzas que les debe nuestra gratitud y sirva su memoria de ejemplo, puesto que derramaron su sangre en defensa de la Patria. Hubo tres Oficiales heridos: don Simón de Lara, don Dionisio Navarrete, Subteniente de Milicias, y don José Dugi, que lo es del citado Batallón.

Después de nuestra victoria debemos celebrar el valor de los que se esforzaron en conseguirla, felicitemos el Cuerpo de Artillería, el Batallón de Canarias, los reclutas de Cuba y de La Habana y los trozos de milicias que se distinguieron en aquella madrugada memorable; y sin olvidar la noble conducta de nuestros defensores militares, alabemos también el patriotismo de los paisanos que voluntariamente expusieron sus vidas y merecen sin duda ser partícipes de la Gloria que de la Victoria ha resultado a las Armas canarias¹⁰.

¹⁰ También hubo unos sesenta franceses que se ofrecieron gustosos a la defensa de la Plaza y que se portaron con denuedo y notable actividad. Sería injusticia negarles el mérito que adquirieron. Mucho ha dado que decir esta acción, tanto por lo mal dirigido que fue el ataque por parte de los ingleses como por lo mal combinada que fue nuestra defensa, y el poco fruto que sacamos de la victoria. El Almirante Nelson hubiera logrado su intento si hubiese ejecutado el desembarco en la misma madrugada que se apareció su Escuadra sobre Santa Cruz: pero cuanto hizo después debía salir fallido. ¿Qué debía resultar de su extraño desembarco en el Valle Seco? El acostumbrar al fuego los soldados bisoños que tenía que combatir y perder el tiempo mismo que nosotros habíamos precisamente de emplear en prepararnos. Es cierto que aun así podría contar con nuestra inexperiencia de que había ejemplares, y con el desorden que debía producir su escuadra en una isla nada hecha a estos sucesos militares; pero también debía prever que los esfuerzos reunidos de un pueblo que quiere defenderse suelen a veces ser terribles y no debía dar lugar a que llegasen a poder obrar de concierto.

Por nuestra parte no fueron mejores las medidas de defensa y lo que se puede decir es que todo queda olvidado con la victoria. La que hemos de confesar francamente se debió a un conjunto de casualidades y al valor particular de algunos individuos más bien que a un plan bien premeditado y seguido. Oigo que los artilleros pretenden haberlo hecho todo, y yo confieso que hicieron mucho en el primer avance, pero también me aseguran que hubieran podido hacer más, y que si la batería de la Concepción hubiera estado bien servida, mucho daño hubiera causado al enemigo al desembarcar en aquella playa. Sobre todo después de puesto el pie en tierra. ¿Qué hubiera sido de nosotros sin las evoluciones de la tropa? Sea como fuere a éstas se debió la decisión de la pelea, al haber acometido al enemigo en las playas, al ha-

LISTA DE LOS NAVIOS QUE VINIERON A ESTA EXPEDICION
DESTACADOS DE LA ESCUADRA QUE BLOQUEABA A CADIZ
AL MANDO DEL ALMIRANTE JERVIS (HOY DIA LORD DE SAN
VICENTE)

		Cañones	
Theseus, El Teseo	74	}	Contraalmirante Horacio Nelson. Caballero del Baño. Capitán Rafael Willett Miller.
Culloden, El Culloden ...	74		Capitán Tomás Troubridge.
Zealous, El Zeloso	74		Capitán Samuel Hood.
Leander, El Leandro ...	50		Capitán Tomás Thompson.
Sea Horse, El Caballo Marino	38		Capitán Freemantle.
Emerald, La Esmeralda.	36		Capitán Waller.
Terpsichore, La Terpsi- * chore	32		Capitán Ricardo Bowen.
Fox El Cúter, la Zorra ...	14		Su Comandante, el Teniente Gibson.
Una Bombarda.			

* * *

NOTA.—Se dice que la gente que traían las lanchas al desembarco ascendía a 2.000 hombres; pero no llegó todo a poner el pie en tierra, cuando capitularon serían 600 los que se hallaban reunidos.

berle acosado en las calles, al haberse formado un Cuerpo de Reserva en la plaza de la Pila, en fin, a estas disposiciones atribuyo el buen éxito de nuestra defensa, y así el Cuerpo que juzgo se distinguiese más en ella es el Batallón de Canarias, del que sea por su mayor pericia o valor supieron sus jefes sacar mejor partido, siendo muy digna de nuestros elogios la conducta de su Comandante don Juan Quinther.

A estas reflexiones, que creo imparciales, sólo añadiré que nuestra victoria hubiera sido completa si los jefes hubieran sabido aprovechar mejor de nuestra posición al momento de capitular los ingleses. No hay duda que la noche favoreció mucho al enemigo, pero el día nos daba dobles ventajas; bien que hablo sin conocimiento del arte, y sólo expongo lo que presencié, y lo que creo poder juzgar con mis propias luces.

Fin

Escribióla don Bernardo Cologan Fallon que se halló presente...

[Nota del amanuense en la copia del libro 120 del Archivo.]